

*Locuras Urbanas, un intento de sutura a un lazo extraviado.*

*Autor : Alex Droppelmann P (Chile)*

En relación a la temática de la convocatoria quiero centrarme en el tema de la ruptura, de la fractura del lazo social que caracteriza tan fuertemente a las psicosis en esto de "andar como un loco suelto", "ser un bicho raro", "un desatado", "un perdido", "un extraviado", en fin, alusiones todas a una batería de significantes que aluden a la imposibilidad de un lazo o de un vínculo que implica el reconocimiento y ser reconocido por el otro social.

La locura puede no obstante operar en tanto tenga efectos de instalación urbana como el intento de una cierta ligadura a partir de distintas vertientes.

De ellas voy a explorar dos y voy a hacer referencia a un intento restitutivo que hay en dichas ligaduras respecto de las categorías espacio temporales en los sicóticos que yo he dado en llamar urbanos. En cierto modo la lo cura, cura.

Hago mención aquí que algunas de estas reflexiones que intento hacer aquí con Uds. constituye parte de un proyecto que estoy realizando en Chile donde pretendo recorrer las ciudades de mi país recogiendo las historias y testimonios de casos de locuras urbanas para inscribir estos historiales en un libro que de cuenta de ellos. Que establezca si los delirios y los oficios que de él se generan tienen un anclaje particular con las ciudades que los amparan, si los significantes hacen tangencia con los significantes que transitan a la cultura de esa ciudad pueblo o capital.

Retomando entonces lo de las dos formas de ligadura que intento reconocer, una de ellas claramente refiere al tema del significante, de la metáfora paterna en su estatuto de una incorporación significativa a partir de un nombre.

Ejemplos de esta casuística se da a leer en los locos, los que a partir de poner en acto la efectuación de sus ideas delirantes, organizan ciertas tareas que le dan el soporte a un nombre posible. Muchas veces ese nombre tienen que ver con un apodo que en sí mismo no es más que la construcción del nombre que un psicótico puede generar en la maqueta subjetiva que feblemente se construye. Fracaso constructivo que se estabiliza, que se mal sostiene a partir del andamiaje que el otro del semejante le adscribe e inscribe en el acto del reconocimiento de ese apodo en el lugar del nombre. Son los "Pata de cuete", "El escolar", "El Bob Marley", "El predicador", "Manolo el sepulturero", "El Popeye", "Chuck Norris" o "El Pluto". Todos nombres que como un epistolario de la locura le dan y le otorgan a nuestras ciudades una cierta singularidad, un cierto apropiamiento subjetivo de sus locuras locales.

Que sería de nuestras ciudades americanas sin un loco que las habitase. Tal vez se convertirían en urbes desnaturalizadas donde la muerte anula los cortejos y la locura ha cedido el lugar a la pobreza en el sitio del vagabundo. Un vagabundo no es alguien perdido, sino más bien, alguien que lo ha perdido todo. En algunos casos de ocasional lucidez alguien que ha decidido tener nada. De ese vagabundo darían cuentas los poetas, los artistas y otros tocados por el talento de las musas pródigas en el don del desprendimiento.

En todos estos casos de suplencia del nombre, la mayor de las veces en el modo de un apodo, los otros semejantes, los niños especialmente (aquellos que no se espantan tan fácilmente de la locura), logran sumar las voces y las miradas al punto de generar la traza

de un espejo donde una imagen en un craquelado espejo se refleja. En la filigrana de sus bordes una cierta nominación se desvanece y se reinstala en la escucha del nombre sostenido por los otros en un gesto de reconocimiento.

¿Será por ello que a los locos se les vocifera el nombre? ¿No es por ello que uno se adelanta a decir su nombre como si se supiera que el espejo es presentado siempre por el otro? El otro del semejante le adelanta el nombre al psicótico y el responde a esa nominación. No da para nombrarse asimismo, aunque de tanto ser nombrado las más de las veces termina apropiándose de tal nominación.

En estos casos, la suma de las voces de los otros genera el coro del Gran Otro ausente y le otorga los visos evanescentes de una presencia. En los casos de la pobreza, de los vagabundos de las calles de N. York son las instituciones sociales, las Iglesias, las ONG (invento Extranjero, ortopedia de Padre para los países subdesarrollados), en fin los Refugios de Cristo, los ejércitos de salvación y todas aquellas instituciones que intentan en vano generar un espacio al vagabundo para darle un cierto estatuto subjetivo olvidándose que ellos no son locos. Solo son pobres o son pobres solamente.

Ortopedia del Gran Otro a partir del vociferar del otro en el caso de las locuras urbanas. El otro hace al Otro. Hay otro del Otro.

La otra vertiente, o el otro modo de hacer lazo ya no tiene que ver con el Otro del significativo sino que tiene que ver más bien con la falta en el Otro S(A).

En esta vertiente se imponen ciertos hechos de la historia. Es, ya no la sincronía del encuentro con el otro en el aquí y ahora de la ciudad sino más bien tiene que ver con la falta que este genera.

Falta que se sostiene en la diacronía de una historia que deja huella en el tiempo e incluso se transmite generacionalmente en un gesto de reconocimiento al lugar de vacío que su ausencia construye. En el número Uno de la Revista del P(a)cífico yo escribía a cerca de Manolo el Bombero, un personaje que recorría la ciudad montado en una bicicleta emulando a un carro de bomberos de la tercera compañía. Al circular este caso en la revista y otros medios surgieron innumerables testimonios de la gente de mi ciudad que se acordaban como de niños le vociferaban al pasar. Su ausencia hace presencia como consecuencia de la falta que genera en el otro del semejante y en la suma de ellos, en la ciudad que sostiene el lugar del Gran Otro ausente.

De este modo la ausencia como la huella de Viernes en la arena remite a la presencia de una cierta humanidad, hace de traza imaginaria para instalar algo allí de la imagen de un Sujeto. Huella, marca de la ausencia y de presencia. Marca del Fort-da que en la pérdida instala simultáneamente la falta capaz de sostener la traza de un cierto sujeto posible. Tal vez la operación de retorno del Da no alcanza para prefigurar el contorno de una subjetividad pero hace de aurólea a una desdibujada imagen radicalmente perdida. Pero son precisamente los contornos lo que permite al alarife hacer las marcas de los ejes de otras construcciones. Sin el trazo de la geometría no se funda la materialidad de la morada. De ese modo aunque la huella no constituya sino la marca de un emplazamiento, aunque no advenga allí nada ni nadie, algún semblante, algún atisbo de Sujeto se instala nemicamente, al modo de huella en la memoria y retorna el lugar de la falta en el otro y el Otro.

Si el otro los sostiene y el Otro lo retiene, algo de la traza del Uno nos permite pensar en los otros y el Uno. Algo de ese lazo ausente se instala por la vía de la falta.

De este modo entre los locos que se nominan en la figura del apodo y los que hacen falta, la ciudad reclama la presencia y la falta de unos locos, que al menos no fueron nunca locos desatados aunque si hayan sido locos sueltos.

Finalmente si de geometría se trata, puede ser interesante pensar que la atadura a la que hago referencia no es a cualquier lugar.

Contardo Calligaris mencionaba que un psicótico en el metro de París transita por cualquier estación, que para él cualquier lugar son todos los lugares. Que los lugares no significan nada, que son todos lo mismo.

En París puede ser, dónde todos los lugares del subterráneo llevan a cualquier parte y de ese modo se pueden confundir las trazas de enigmáticos circuitos. En Chile o la Argentina no lo es, ya que las líneas son ejes que no se entrecruzan. Así las cosas el psicótico que las emprende por la línea verde no lo hace por la roja. Algo del orden de una cierta preferencia que no de una elección se instala allí. Preferencia que será sostenida por el reconocimiento de los otros que en su avance le sostienen la ruta, que al modo de la percepción se agota en su propio recorrido.

Espacio inconsistente, espacio de dilución que se recorre en una secuencia que día a día se repite por fuera de un cálculo, pero no muy distante de una cierta huella facilitada por el afecto del otro.

Decir que los locos en la urbe no tienen lugar sería una locura.

Decir que no tienen recorridos secuenciales sería al menos una omisión.

Decir que construyen las categorías espacio temporales es decir mucho.

Al igual que ocurre con la lengua, los significantes circulan pero fracasan en las sustituciones y combinaciones que la temporalidad instala en esto de la sincronía y diacronía. No suponer demasiado puede dejar fuera la posibilidad de reconocer que hay una precariedad espacial y temporal que permite la geometría de otro nudo, uno que se arma no a la una, ni a las dos ni a las tres, pero si a las cuatro. Opera así como sinthome, como cuarto nudo o nudo de suplencia capaz de sostener la restitución en lo social de un lazo perdido.

Si la hebra de este lazo viene del otro del semejante, del otro social, podemos decir que una ciudad sin locos, sin la traza del aporte de esa locura, que no tiene capacidad de enhebrar ese lazo, no tendrá locos de barrio y será por ende una ciudad de mendigos. Una pobre ciudad que solo puede albergar a los que pierden y es incapaz de enlazar y con ello darle lugar a los perdidos.

Finalmente voy a tratar de ilustrar algunos de los conceptos insinuados en este trabajo, con los nombres y las historias de algunos locos urbanos que nos permiten reflexionar algo respecto de la construcción de sus sinthomes, de cómo se enhebra en ellos la traza de un cierto lazo perdido.

Paul es un sujeto que recorre París repartiendo algunos folletos de turismo por algunos lugares precisos de la ciudad, cerca de la iglesia de Saint Gervais, en la calle des Barres.

Él visita todos los días unas dos o tres veces al día, a la hora de las oraciones, la Iglesia de Saint Gervais. Esta iglesia alberga a la orden de las fraternidades Monásticas y Laicas de Jerusalem. Paul se sienta en una banca cerca de dónde yo me encuentro y me mira

llevándose el índice a la boca indicándome con ello que hay que callar. Que hay que hacer silencio. Al mismo tiempo me conmina a no decir nada. Me conmina a la cautela. Del mismo modo el avanza unos pasos sigilosos hacia el altar y acerca uno de los folletos que deja al pie de un pilar. Me dice muy calladamente "le pere", (el padre) eso, eso es algo muy difícil. Me mira, se lleva el índice a la boca y dice, "le pere", "le cuore" tocándose el corazón y dice "eso, eso es muy difícil".

El padre es algo respecto de lo que se puede decir muy poco para Paul. Es algo que no encarna en el corazón. La cuestión del padre es algo muy difícil para Paul. Es algo que cobra una cierta presencia en la figura de un Dios que como Padre puede hacer de ortopedia a la sutura del vacío de una falta que nunca advino. Todos los días como Pablo, uno de los discípulos más queridos de Dios, Paul encamina sus pasos a Saint-Gervais y se "hace de un padre" que le permite que los sacerdotes del lugar lo llamen hijo. Que los feligreses lo saluden como Paul, que asientan cuando el señala con su índice el lugar del padre. En cierto modo compartan la dificultad de un Padre que instala algunas cosas con las cuales los neuróticos también tenemos dificultades. A Paul no le alcanza la angustia de castración. Pero el ser llamado hijo por el otro le alcanza para sostenerlo en el recorrido por la ciudad y generar el ritmo suficiente que le permitirá reiniciar la vuelta de una hebra que lo personalice. Lo sujeta sin hacerlo un sujeto, y eso restablece para él un lugar en París. Ser hijo de alguien en cierto modo instaura algo del orden de una filiación.

En Iquique, en Chile, ciudad de las salitreras, de esplendores y riquezas perdidas, ciudad también de las gestas patrióticas de un combate Naval inscrito en los anales de la historia Patria. Allí se le recuerda al "Pata de cuete", un hombre de unos 30 (años) que establecía un recorrido por la ciudad a partir de las 10 de la mañana, que interrumpía a mediodía y reanudaba a las cuatro de la tarde hasta las siete en un ritmo acorde a los del comercio y la vida laboral de la ciudad. El recorre la ciudad descalzo y cada tanto golpea fuerte la planta de su pie en el concreto de la acera, haciéndola sonar de tal manera que emula al estrépito que causa el reventón de la pólvora de un cuete. El golpe de la pisada genera el estruendo de una explosión. Algo explota en la inscripción imposible de la huella del "Pata de cuete" en el concreto. Algo no cesa de no inscribirse en cada repetición de los golpes del pie.

La gente lo saluda a su paso y le otorga unas monedas a lo que el responde con un golpe de pie, estrellando la planta de este estrepitosamente. Algo suena en esa huella imposible.

El "Pata de cuete" se perdió. Hace tiempo que le perdieron la huella en las ciudad de Iquique. Como lugar de míticas historias se dicen las cosas más diversas acerca de su ausencia. Aunque ya no se le ve por allí, lo que se oye es que ya no se escucha el golpe de su pie intentando inscribir una huella imposible. Al fin y al cabo, ¿Quién dice si no se inscribió algo de esa huella en ese lugar de la pérdida?. ¿ Quien dice si no hasta hoy, hay algo de una huella perdida que no cesa de inscribirse en la diacronía de su historia?.

¿ Al fin de cuentas que cuenta?. ¿ Este loco que al que aún se le recuerda, o tantos personajes de renombre que habitaron la misma acera, recorrieron los mismos lugares y yacen ignomes en una tumba, adornada con flores de papel en algún lugar de nuestro extenso desierto?.

Un intento el del "Pata de cuete" que no tiene pies ni cabeza. En cierto modo en esto del a-podo sólo sin pies ya que algo de cabeza se sostiene en esto de dejar huella donde nunca la hubo.

La cosa no es la palabra, no da para sujeto pero el a-podo es su nombre. ¿Habrá que perder la cabeza para recuperarla en la pérdida de un pie, que no obstante en su imposibilidad restituye una huella no habida?

Finalmente otro extracto muy breve de estos textos que como mencionaba forman parte de un trabajo más extenso, pero que pienso nos puede llevar a pensar y reflexionar teóricamente acerca de la restitución o suplencia de ese lazo que no advino en el psicótico.

Manolo el enterrador se instalaba cerca del Cementerio de Iquique y cada vez que pasaba un cortejo fúnebre al cementerio se ponía de pie y saludaba llevándose la mano a una visera imaginaria de modo muy solemne y marcial. Al parecer le rendía en cierto modo, en cada sujeto muerto, un homenaje a Arturo Prat, el héroe naval de Iquique hoy largamente signado como un Padre de la ciudad.

Da que pensar que en una ciudad, donde los hijos del salitre o porque fueron muchos o porque el desierto es demasiado vasto, de los padres siempre se supo por sus ausencias. Hijos del Salitre al fin porque las más de las veces del padre nunca se supo. La ciudad se supo dar un gran padre. Arturo Prat, un padre héroe, un padre muerto.

De este modo Manolo es capaz de armarse un padre en cada presentificación de una pérdida que el cortejo fúnebre le retorna.

En el fort al fin y al cabo algo retorna.

Para Manolo cada vez que algo se muere, algo de él aparece.

Cuando Manolo se duerme, es decir se pierde en el sueño, los niños lo despiertan y lo llaman por su nombre para que él, en un gesto solemne le haga honor al nombre propio y al de un Padre, que no le basto para alejarlo de la locura o acercarlo a la locura, pero que le dio al menos en un cuarto y un repique de padre, un cierto anudamiento posible.

De lugares, de nombres, de padres que si no dan de medio dan para cuarto, de nudos y de suplencias, de lazos, de pérdidas, de ausencias, de eso he intentado dar cuenta en este atisbo a la locura... aunque a veces pienso que escribir sobre esto pueda parecer cosa de locos.